

UN ARMA DE OCEANÍA EN EL NEUQUÉN

RECONSTRUCCIÓN Y TIPOLOGÍA DEL HACHA DEL RÍO LIMAY

This weapon (the *pattoo-pattoo*) extended to the west coast of America, and there, as in New-Zealand, they are found both of the asymmetrical and of the one-sided form.

(LANE-FOX PITT-RIVERS, *Primitive warfare II*, in *The evolution of culture and other essays*, Oxford, 1906, pág. 120.)

En 1908, es decir, justamente veinte años atrás, el profesor Ambrosetti publicó una nota de tres páginas (1) para « dar a conocer a los Americanistas » un objeto que él mismo denominara *clava lítica de tipo peruano*, y de cuya determinación etnológica voy a ocuparme en la presente memoria.

Ya tuve ocasión de anticipar algunas observaciones sobre esta pieza, durante mi conferencia ante la Sociedad Antropológica de Viena (2), y en mi nota sobre el hacha del Museo de Santiago de Chile, descubierta cerca de Villavicencio (3).

(1) JUAN B. AMBROSETTI, *Clava lítica, de tipo peruano, del territorio del Neuquen*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XVII (1908), páginas 229-231.

(2) J. IMBELLONI, *Einige konkrete Beweise für die ausserkontinentalen Beziehungen der Indianer Amerikas*, en *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, Bd. LVIII (1928), ss. 301-331.

(3) J. IMBELLONI, *Clava-insignia de Villavicencio. Un nuevo ejemplar de los « mere » de Oceanía descubierto en el territorio americano*, en *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación*, tomo III, Paraná 1928, páginas 219-228.

Antes de analizar morfológicamente el objeto, es útil recordar las noticias publicadas por Ambrosetti sobre su procedencia y hallazgo, acompañándolas con datos descriptivos y una tabla completa de medidas, para integrar el valor ilustrativo de la iconografía.

I

Datos

Museológicos. — El hacha se encuentra en la colección particular del doctor Jorge Echayde, de Buenos Aires, conocido amigo de los estudios prehistóricos y miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana. El doctor Echayde posee el hacha desde hace 20 años, exactamente desde marzo de 1908, y en ese año fué invitado a observarla el profesor Ambrosetti. En 1926 y 1928 hemos pedido el permiso de estudiarla, y el propietario la puso a nuestro alcance durante unos días en el Museo de Historia Natural de Buenos Aires.

Hallazgo. — Antes de escribir estas páginas, he pedido al doctor Echayde que revisara y eventualmente corrigiese los datos de Ambrosetti. Su contestación dice lo siguiente: « De mis apuntes respecto a la procedencia del hacha, resulta que fué hallada hace más de cuarenta años por don José Garat, estanciero del Chubut, quien la donó a don Román Pacheu, de Limay y éste a don Francisco Pradère, de cuya señora viuda, doña María Jáuregui, la recibí en mayo de 1908 » (1). Son los mismos datos que refiere Ambrosetti en su nota de 1908, y tan solamente se puntualiza aquí la circunstancia de que el señor Pacheu no fué el verdadero autor del hallazgo, como afirmaba la nota; otro dato más preciso es el nombre íntegro de la viuda de Pradère. Queda firme que el descubrimiento tuvo lugar a la orilla del río Limay.

Material. — En cuanto a la materia, ya dijo Ambrosetti que es basalto negro, bien trabajado y pulido. La fotografía publi-

(1) Carta del doctor Jorge A. Echayde al autor, de fecha 19 de noviembre de 1928.

cada en 1908 no resulta suficientemente nítida para dar una idea de la superficie del objeto. Publicamos aquí varias imágenes, obtenidas con diferente iluminación y diafragma. La lámina I es excelente para dar una idea de conjunto; la lámina II, para mostrar las características de la superficie basáltica trabajada. Añadimos dos perfiles, necesarios para darse cuenta del espesor que presentan los varios puntos de la parte laminar y del mango.

Dimensiones. — Las medidas de la clava del Limay son las siguientes :

	Milímetros
Altura del cuerpo.....	295
» del cuello....	75
» del botón.....	25
Ancho máximo del cuerpo.....	109
» del cuello.....	41
» del botón.....	45
Espesor del cuerpo.....	22.5
» del cuello.....	30
» del botón.....	41

Las dimensiones principales son, por consiguiente: altura total 395 milímetros y ancho 109; espesor de 22,5 a 41 milímetros.

Descripción. — « Una lámina de un centímetro de grueso, que en ambos bordes se adelgaza como para terminar en una especie de filo, y de forma casi elíptica»; así describió Ambrosetti la parte espatular del arma (1).

Tres observaciones del mismo autor merecen ser señaladas oportunamente :

La 1ª, es que la forma general le sugirió a Ambrosetti que la definiera por *una especie de cuchillón* ;

La 2ª, que « hacia un lado, y en la parte inferior del botón, hay tres surcos profundos, como si hubieran sido *el comienzo de una decoración de líneas radiales* y, algo separado, hay otro surco menos acentuado » ;

La 3ª, que « hacia un lado y en la parte superior, hay una

(1) Véase la descripción en la nota de Ambrosetti (1908), páginas 229 y 230.

rotura muy antigua que deforma en algo la línea general». Entiende hablar, Ambrosetti, de la parte superior del arma, así como está impresa en el clisé de la página 230 de su nota. Quizá la expresión no es muy feliz para indicar que, en el tercio del cuerpo del arma, que corresponde a la parte distal, se evidencia, en uno de los lados, una importante falta de substancia, por ruptura y separación de un trozo de regular tamaño. Así lo indica el espesor del cuerpo en la correspondencia de la fractura. (Véase el perfil de nuestra lámina I.)

II

Determinación .

Como término de comparación, Ambrosetti utilizó el objeto dibujado por Rivero y Tschudi en su atlas de *Antigüedades peruanas* (1). Se trata de un hacha de piedra anfibólica verdosa, hallada en los sepulcros del Cuzco, cuyo perfil reproducimos en estas páginas tomándolo de la litografía del atlas (véase fig. 1).

No olvida el fecundo arqueólogo argentino de señalar las discrepancias entre la pieza del Cuzco y la del Limay: mientras la primera mide 35 centímetros de largo, la segunda mide 39; la primera es de piedra anfibólica color tabaco, la segunda es de basalto de un negro intenso; la primera posee en el cuello « un agujero destinado a recibir una cuerda trenzada », y la segunda no tiene perforación alguna.

Sin embargo, y a pesar de estas desigualdades, Ambrosetti termina por afirmar que la forma de los dos objetos « puede decirse que es la misma », y se propone asignarle una determinación etnográfica: « El tipo de estas piezas es muy polinésico. No conozco sino por las que he visto dibujadas, algunas usadas por los maorís de Nueva Zelanda; y, francamente, es de llamar la atención el parecido que presentan con nuestra pieza, sobre todo una que se halla en un grabado de los viajes de Cook con el nombre de *Patou-patou*. »

(1) RIVERO y TSCHUDI, *Antigüedades peruanas*, Viena, 1851. Ver página 321, lámina XXXIII.



Hacha-insignia del Río Limay. Cara A y perfil mostrando el dorso del arma
Nótese la superficie de fractura en la extremidad distal



Hacha-insignia del Río Limay. Cara B y perfil mostrando el filo del arma

« El doctor Francisco P. Moreno — añade — llamó también la atención sobre el hallazgo de armas de tipo polinésico en América del Sur, en varios de sus trabajos y conferencias, y nuestro ejemplar argentino viene a aumentar el número de aquéllas. » En seguida se le presenta una duda : « Pero no es difícil que su origen haya sido también peruano, traído a Chile en la época de las campañas incaicas, y de allí, como objeto precioso, traspusiera la cordillera en época posterior, para quedar, de este lado, enterrado quizá con su último dueño ».

Hemos seguido, con toda la atención que nos merece, el procedimiento de Ambrosetti, paso por paso, desde el juicio comparativo hasta la adjudicación tipológica y étnica, es decir, polinesia, a la que sigue la hipótesis peruana, cuyo papel muéstrase preponderante en el título. En otro escrito hemos sopesado los motivos que originaron este « arrepentimiento » ; y, principalmente, la sugestión histórica que condujo al autor a definir la pieza del río Limay como « de tipo peruano ».

« Para expresar nuestra opinión con toda claridad — así terminaba nuestro párrafo consagrado a esa crítica — observaremos que aquí se han confundido en una sola fórmula dos factores muy distintos. El primero, es la adjudicación de la pieza a un grupo histórico, de los que entraron en contacto con la región del hallazgo. El segundo, es el *origen*, la *creación* de la forma ergológica (*invención* en el concepto de Gabriel Tarde), pues a ésto obedecen las

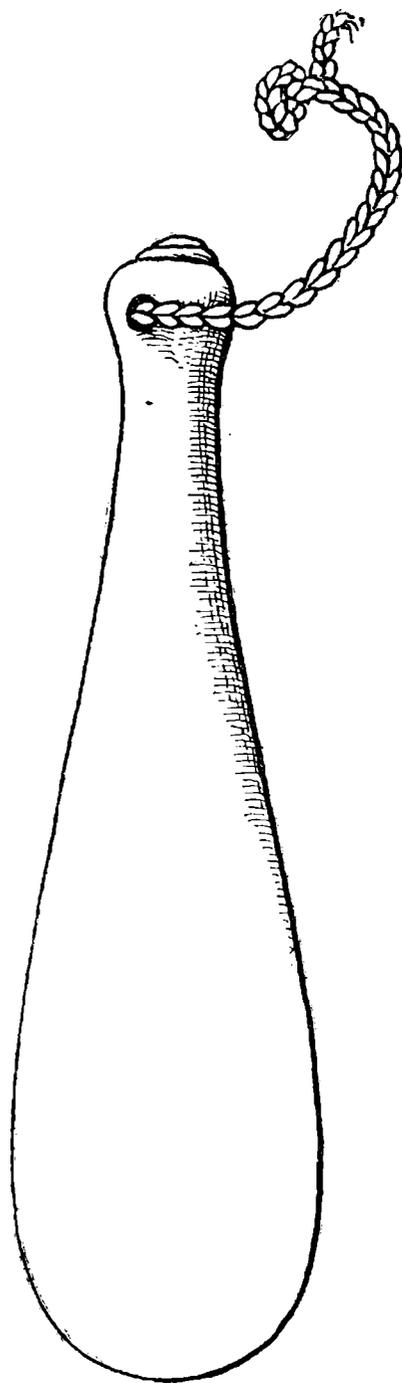


Fig. 1. — Arma-insignia descubierta por Von Tschudi en el Cuzco, y publicada por este autor en su tabla de las *Armas de los Incas*; ambíbolo verde; altura 35 centímetros.

frases : objeto *de tipo peruano, de tipo arábigo, de tipo celta* » (1).

Si hoy llamamos por segunda vez, a distancia de veinte años de la nota de Ambrosetti, la atención de los estudiosos sobre la pieza del río Limay, no será seguramente para abordar la determinación etnográfica con el mismo procedimiento seguido por el escritor que nos ha precedido, pero tampoco para ser injustos e incomprensivos al juzgar la tentativa de Ambrosetti.

Repetimos aquí el mismo concepto que en otro escrito de etnología, ha caracterizado nuestra posición respecto a este autor y a sus críticos.

Ambrosetti ha tenido intuiciones felices, y a veces injustamente menospreciadas, que nos despiertan profunda admiración. Se trata de juicios comparativos conducidos con un método del todo propio, que nadie osaría recomendar hoy a los que se inician en la etnología; método más genial que sistemático, cuyos resultados dependen únicamente de las facultades subjetivas, y comprueban el raro poder de asociaciones de buena ley de que estaba dotada la mente que lo manejaba.

He aquí una demostración evidente: Ambrosetti vió que el arma del río Limay es polinesia por su tipología cuando, en realidad, no había conocido aún la estricta especialización de forma que es su prototipo en los mares del sur.

Tan solamente hoy, después de publicaciones recientes, se conoce en todas sus ramificaciones, la gran familia que comprende las armas de piedra en forma de espátula, llamadas *mere* o *patu-patu* por los habitantes del Océano Pacífico.

Naturalmente, no hay que pedirle a Ambrosetti la meticulosa observancia de los dictámenes de la tipología moderna. En las breves palabras de su nota de 1908, nada se encuentra que recuerde el rigor de análisis que debe acompañar todo juicio de identidad morfológica, desde que la etnología tiene dictados rigurosamente los cánones de la comparación. *Es de llamar la atención el parecido que presentan*, dice Ambrosetti, y esto es, a la vez, demostración y conclusión. Y ¿qué más podía decir un autor que únicamente tuvo a su alcance un dibujo de las

(1) Véase la nota del autor sobre la *Clava-insignia de Villavicencio*, página 222.

armas oceánicas, publicado (1) en una edición abreviada de los viajes del capitán Cook? Con un material de comparaciones tan ceñido, ¿podíase conducir un análisis acabado del *criterium formae*?

Eran aquellos los tiempos en que la « semejanza » se deducía y afirmaba con operación mental sintética. Tiempos poco propicios para construir una doctrina de la procedencia de los bienes humanos, porque era tan fácil afirmar una coincidencia de formas como negarla o atribuirla al caso y a la creación independiente. Hoy estamos provistos, por fortuna nuestra, de medios extremadamente elaborados y complejos, los cuales excluyen el peligro de interpretaciones dudosas. Hemos dado un ensayo de análisis formal en una publicación reciente (2), en que el modelo ergológico del *mere onewa*, de Nueva Zelandia, es comparado con un ejemplar argentino, por los caracteres siguientes: canon general de la forma e índices de altura-anchura; dimensión del mango; espesor del cuerpo; perforación antero-posterior destinada a la « dragona »; perfil mediano de la parte distal, curva de la espátula, morfología del botón terminal del mango; materia del arma y decoraciones del *reke*, las que obedecen a una técnica muy especializada.

Nuestro examen comparativo, conducido con la sutileza analítica que requiere el *criterium formae*, elimina la sospecha de que los ejemplares americanos fuesen formas « casualmente » análogas, o una ideación independiente realizada por el Indiano de América.

III

El hacha del río Limay y el « mere okewa »

Ya dijimos que el espíritu de disciplina de la etnología moderna exige comprobaciones muy rigurosas de la corresponden-

(1) EDOUARD CHARTON, *Voyageurs Anciens et Modernes*, París, 1857; véase tomo IV, página 377.

(2) Véase la citada memoria del autor sobre la clava-insignia de Villavicencio.

cia tipológica entre el objeto que se quiere determinar y un prototipo ya conocido.

Si hoy tuviéramos que repetir la afirmación de Ambrosetti, de que el arma del río Limay es de tipo oceánico, sin conocer otros modelos ergológicos fuera del *patu-patu* o *mere onewa* de los neozelandeses, nuestra demostración resultaría necesariamente trunca e inconcluyente. Todos tendrían el derecho de objetarnos que el botón es del todo diferente, tosco y sin adornos anulares, y que el mango no tiende a transformarse insensiblemente en el cuerpo, pues, en cambio, está separado por una ranura lineal, y respectivo relieve suficientemente acentuado.

Pero hay diferencias más importantes: el cuerpo nada tiene de la regularidad espatular de los *mere onewa*, pues la simetría bilateral del arma está completamente destruída. Si continuamos, aunque por unos pocos milímetros a desarrollar las curvas dibujadas por los dos contornos en la porción distal, que está destrozada, veremos que ya nada queda de « espátula », y la forma que espontáneamente se presenta es la de un *cuchillón*. Hay más de lo suficiente para negar cualquiera semejanza con el « modelo » de un *mere onewa*, el único que Ambrosetti conocía por medio de los dibujos del libro de Charton.

El hecho es que las poblaciones insulares de los grupos de Nueva Zelanda y Chatham, de las que proceden en su totalidad las piezas de esta naturaleza, no fabricaban tan solamente el *mere onewa*. Se ha visto, con los progresos de la etnología, que no hay que limitar la atención al desarrollo de un tipo determinado, pues las « formas » de una invención no salen aisladas y perfectas desde un principio y, en cambio aparecen, más o menos contemporáneamente, junto con una verdadera flora de variaciones y diferenciaciones, algunas más simples, otras más adornadas; éstas más abundantes y especializadas, aquéllas con el aspecto de un esbozo y primitivas, a pesar de que ese elemento « primitivo » puede ser realmente *anterior* en el tiempo (primitivismo real) y, a menudo, también el producto de una *simplificación reductora* (primitivismo secundario).

Agrúpanse, estas « variaciones », alrededor de una invención ergológica, según varios esquemas de recíproca dependencia; y cada uno de estos esquemas resulta familiar a los que investigan

la formación de especies y variedades en el campo orgánico, por ejemplo en las plantas. Tanto si las variaciones se colocan alrededor de un prototipo central, como si su disposición es aparentemente desordenada (1).

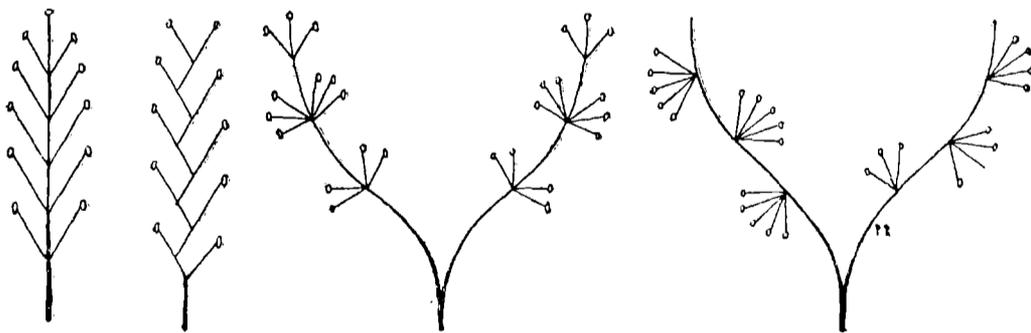
(1) Acaso no sea superfluo insistir sobre el valor que entiendo atribuir a esta analogía. Es harto sabido que dos direcciones especulativas se contienen el campo de las actividades inventivas del hombre. Los naturalistas, por un lado, consideran el asunto con la visual de las ciencias biológicas; los filósofos, por el otro, y en especial los psicólogos, reclaman dicho territorio como un feudo propio, del todo apartado de la soberanía de los primeros.

Dejaremos, en el ángulo muerto de las discusiones bizantinas, a las dos bandos teóricos e intransigentes que combaten por una delimitación estrictamente filosófica o biológica, tanto más que la moderna Etnología surge provista de la doble armadura. ¿Quién podría, en efecto, dictaminar si Schmidt, Frobenius y Graebner son más naturalistas que psicólogos? La verdad es que ellos son simplemente etnólogos, así como la etnología es la ciencia « especial » de las creaciones humanas.

En el caso particular, justo es reconocerlo, muy buen juego ha tenido la filosofía en condenar como vanas ejercitaciones « científicas » todas las tentativas de aplicar *directamente* a este campo humano las tendencias y las fórmulas sugeridas por el contacto con las cuestiones de la zoología y la botánica. Si tienen innegables afinidades con los procesos de diferenciación propios de las demás ramas del estudio de la naturaleza, no hay que olvidar que las creaciones del hombre tienen también caracteres especiales e inconfundibles.

No será ocioso, pues, hacer notar que la frase de mi texto habla de analogía con esquemas que son familiares al biólogo, y no de otras analogías más esenciales.

Y los esquemas, por fin, no son más que representación de fórmulas especulativas; tanto el árbol de diferenciaciones progresivas a guisa de *espiga*, como el *dicotómico*, tanto el de *abanicos sucesivos* como el de *abanicos laterales*, que prefiere de Vries.



Mientras los esquemas más simples son propios del método del arqueólogo, y valederos por toda la extensión de la verdadera arqueología, que comprende las más altas creaciones del hombre histórico (a esta acepción,

Pero de todas las dispersas invenciones concurrentes no hay que conservar una imagen de desorden; aquí, al igual de lo que sucede en el campo de las especies elementales, intervienen factores de eliminación, aislamiento y limitación espacial, cuyo epifenómeno es un cuadro de intenso interés: la existencia contemporánea, en áreas más o menos distintas, de formas especializadas, que han dominado, respectivamente, en una cierta zona y por un tiempo determinado. Mientras que el parentesco de todos los elementos es evidente, la historia particular de cada uno, a pesar de algunos préstamos y disociaciones de caracteres, se convierte en la de un *phylum* distinto, que seguirá un camino independiente.

Distinguir las evoluciones singulares en la unidad de la familia; delimitar tiempos y áreas de difusión, como se obra con las «especies» y «variedades» de la biología; discernir en cada momento lo que hay de primitivo y de accesorio, y poder separar siempre el *quid commune*, es decir, la forma esencial e irreductible de la serie completa, todo esto se llama, a empezar desde Montelius, practicar el «método tipológico». Por mi cuenta, declaro que no puede probarse placer científico más vivo del que depara el ejercicio de esta actividad en el campo de las creaciones del hombre; placer que tiene su contrapeso en la inmensa dificultad de reunir el material necesario para formar «series» y «progresiones» tipológicas, las que deben ser, por definición, substancialmente completas y orgánicas.

Para no alejarnos del tema concreto de esta página, que es el cuadro orgánico de la familia del *mere*, recordaremos que su estudio fué posible tan sólo después de la publicación de trabajos generales sobre la etnografía de los Mares del Sur, como los de Edge Partington (1) y Hamilton (2), y de otros especiales sobre

stricti sensus, tiende a cernirse hoy la palabra arqueología), el estudio de la humanidad integral, o etnología, por el hecho que incluye a los pueblos que no fueron imitadores y continuadores del patrimonio clásico, tiene, en cambio, necesidad de representaciones de mayor complejidad, debiendo tener en cuenta relaciones múltiples y de más complicada subordinación.

(1) EDGE-PARTINGTON, *An Album of Weapons etc... of the Natives of the Pacific Islands*, Manchester, 1890.

(2) AUGUSTUS HAMILTON, *Illustrations of Maori Art*, en *The New Zealand Institute*, 1897 y siguientes.

el patrimonio de los Maori, que llevan las firmas de Elsdon Best (1) y Macmillan Brown (2), sin excluir a los Moriori, cuyo descriptor más acabado es el profesor Skinner (3).

Este último estudioso, que dicta en la Universidad de Otago, provincia meridional de la Isla Sur, Nueva Zelandia, es autor, además, de un artículo sobre el *mere* (4), que puede considerarse como el primer estudio serio de la cuestión. Sin embargo, el concepto que domina en sus páginas no es todavía el de un etnólogo. Sitúa Skinner las diferentes « variaciones » en un esquema genésico unilateral, en que cada forma deriva de otra precursora, como si la realidad fuese representada por una línea de sucesivas modificaciones de una sola forma básica, lo que es visión predominante de cierta clase de « evolucionistas ». El lenguaje mismo de Skinner, cuando dice, por ejemplo: « *pedigree* del *mere* », evidencia que no se ha alejado mucho de la mentalidad con que se miraban estas cosas antes de que interviniese el método, por cierto mucho menos simplista, que es propio del análisis y clasificación etnológica de los patrimonios humanos.

La dificultad de iniciarse en este ejercicio espiritual más complicado, unida a la gran masa de disciplinas de carácter histórico y naturalista, que se suponen conocidas por el que se dispone a manejar el multiforme contenido de uno o más patrimonios étnicos, explica las resistencias pasivas que oponen a la etnología las personas que han decidido ignorarla. En el ambiente que nos rodea esta incomprensión, hasta de las definiciones, no está ni siquiera disimulada (5). A nadie se le ocurre pensar que el investigador de las antigüedades americanas pueda ser otro que « un arqueólogo ».

(1) ELSDON BEST, *The Maori*, Wellington (Nueva Zelandia), 1924; *Bulletins; Monographs*, en *Dominion Museum Publications*, Wellington (N. Z.).

(2) J. MACMILLAN BROWN, *Maori and Polynesian*, London, 1907.

(3) H. D. SKINNER, *The Moriori of Chatham Islands*, en *Memoirs of the Bernice P. Bishop Museum*, Honolulu, 1923 (IX).

(4) H. D. SKINNER, *Evolution in Maori Art I. Origin and relationship of Patu, Onewa and Mere*, en *Journal of the Anthrop. Inst. of Gr. Br. and Ireland*, XLVI (1916), páginas 184-196.

(5) ARTURO COSTA ÁLVAREZ, *El castellano en la Argentina*, La Plata, 1929; ver páginas 313-318.

Evitaremos al lector un acabado análisis de nuestro escrito, en que se consignan los resultados sobre diferenciación, yacimiento y especialización de las clavas e insignias de mando de los Maori y Moriori, limitándonos a reproducir la lista de las tres formas principales con sus inmediatas subformas :

I. En forma de espátula

De piedra (nefrita, jadeita)...	<i>Mere pounamu</i>	} Nueva Zelandia (Isla Norte y parte superior de la Isla Sur).
» (basalto, grauvaca).	<i>Mere onewa</i>	
De hueso.....	<i>Mere paraoa</i>	
» o madera.....	<i>Kotiate</i>	
De madera	<i>Rakau</i>	

II. En forma de rozón

De piedra	<i>Okewa</i>	} Grupo Chatham, Nueva Zelandia (Isla Sur).
De hueso o madera.....	<i>Whaka-ika</i>	
		} Nueva Zelandia, especialmente Isla Norte.

III. En forma de tajo

De piedra	<i>Kauri</i>	} Grupo Chatham.
»	<i>Patu taharua</i>	
»	<i>Miti</i>	} Nueva Zelandia (Isla Sur).
De hueso o madera.....	<i>Miti</i>	
		} Nueva Zelandia.

Cada uno de esos *modelos*, que indicamos en el cuadro mediante el nombre en idioma polinesio, necesitaría una completa descripción e iconografía apta para distinguirlo de los demás. Enviamos al lector a nuestros trabajos anteriores y, especialmente, al que está consagrado al estudio del *mere* según el método tipológico (1).

Esencial es para nosotros distinguir aquí las tres series principales (ver fig. 2). Carácter saliente es el contorno : en la primera, tenemos una espátula; en la segunda, un rozón, o *cuchillón* que diría Ambrosetti; en la tercera, un tajo de cocina más o me-

(1) J. IMBELLONI, *Clave ed insegne di comando dell'area Nuova Zelandia-Chatham, alla luce del metodo tipologico*. (En prensa.)

nos toscos, cuyo cuerpo rectangular es a veces corto y pesado y otras, en cambio, muy alargado y esbelto.

Después del contorno general, hay que observar la presencia de entalles o *sinus* laterales en el cuerpo, la conformación del mango y del botón terminal, con su ornamentación de anillos o de cabezas de ave, estilizadas o naturalistas; la presencia o ausencia de perforación, los caracteres de la espalda, etc.

De las tres series, una principalmente nos interesa conocer para nuestros fines de clasificación, y es la segunda. Ya Giglioli había distinguido las formas más toscas de este grupo, trabajadas en piedra, muy groseramente, por los Moriori de las Islas Chatham, con mango sin botón, o con una expansión en forma de cabeza de ave, y les había dado el nombre expresivo de hachas *a forma di roncola* (1). Tenemos que volver a tratar más detenidamente este grupo, cuando ilustremos una importante variación sudamericana de las hachas-insignias que, hasta ahora, y a pesar de ocupar una parte conspicua de la literatura arqueológica argentina, ni ha sido determinada comparativamente, ni se le conoce por su valor « funcional ».

Pero el modelo del *mere okewa* no está representado tan solamente por las formas del grupo Chatham. Al pasar de la tecnología del material lítico a la otra de

(1) ENRICO H. GIGLIOLI, *Materiali per lo studio dell'età della pietra dai tempi preistorici all'epoca attuale*, II edizione, Città di Castello, 1914; ver página 38.

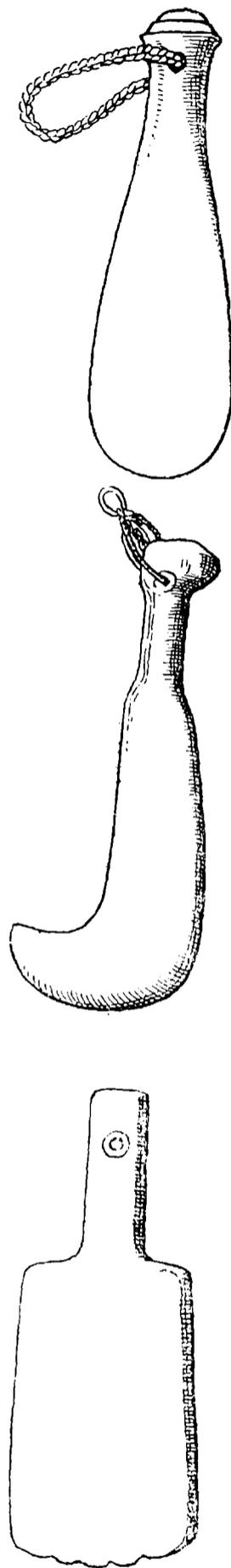


Fig. 2. — Esquema de los tres tipos de hacha-insignia indicados en el cuadro de la página 304 : a, formas a guisa de rozón; b, formas espataulares; c, formas que imitan un tajo de cocina

materiales más plásticos, como el hueso de *Physeter* y la madera, la forma del *cuchillón* fué ganando en elegancia y se enriqueció de los mismos elementos artísticos (*sinus, reke* con adornos, esculturas en el cuerpo y en el dorso) que habían llevado

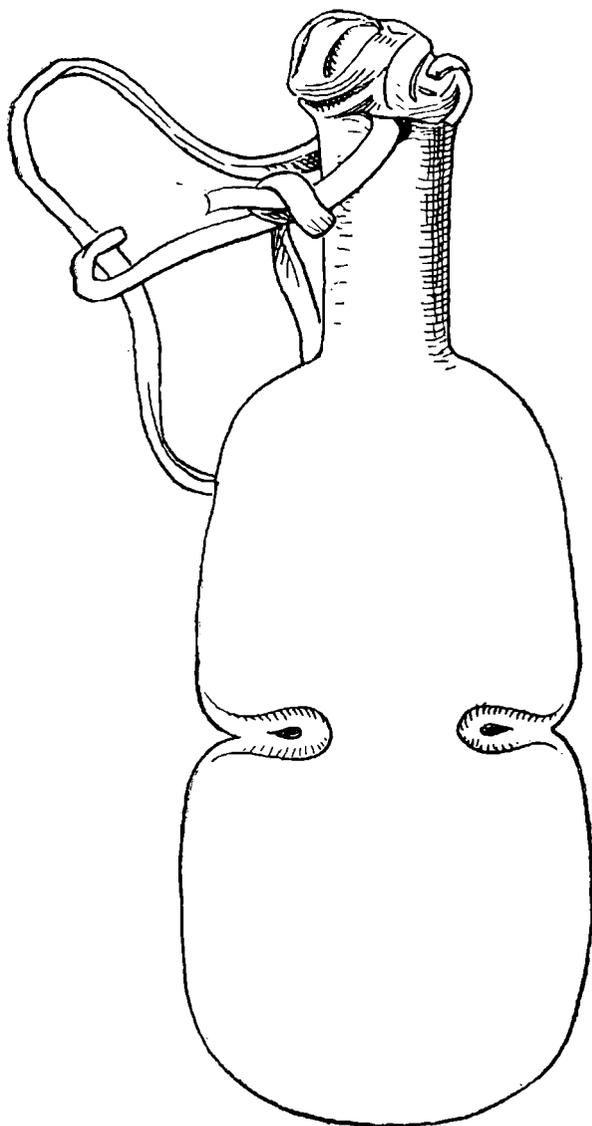


Fig. 3. — Un mere kotiate

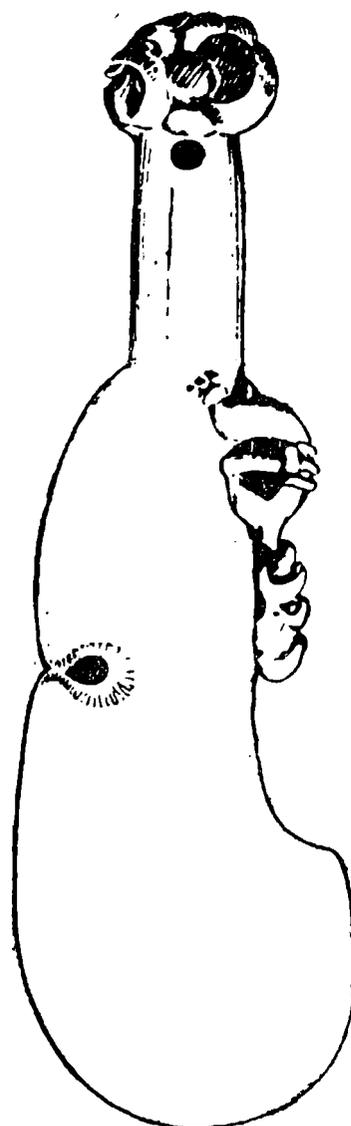


Fig. 4. — Un whaka-ika

Compárese el *kotiate* de la figura 3 con el *whaka ika* de la figura 4. Ambos son jalones extremos de transformación del *phylum* de la espátula y del otro del rozón. Hay aquí un notable ejemplo de convergencia, originada por la dominación de un canon estético.

el modelo espatular a sus más altas y rebuscadas formas terminales. Brevemente : el *mere kotiate* es al *phylum* de las espátulas, lo que el *mere whaka-ika* al *phylum* del rozón.

El hacha del río Limay se coloca en la categoría de los *mere* en forma de « rozón » o « cuchillón » o *róncola*, como la denomina Giglioli.

Su posición se presenta de primer aspecto como intermedia entre las formas toscas de piedra y las muy refinadas de hueso.

IV

Reconstrucción del hacha del río Limay

He propuesto a un dibujante muy experto, pero ajeno a esta clase de cuestiones, el problema de completar en el papel el desarrollo probable del contorno del arma del Limay, interrumpido bruscamente por la ya mencionada ruptura. Ha resultado, para mí, una experiencia muy instructiva. En realidad, cualquiera supone que, al prolongar las líneas del contorno, el dibujante gozara de un libre albedrío ilimitado, pudiendo imaginar a su antojo la forma del trozo perdido. Y sin embargo, no fué así. La atenta comprensión de la curvatura del arma deja muy angosto espacio a la fantasía del geómetra. En la última porción de su recorrido, las líneas del contorno existentes dejan ya suficientemente individualizado su desarrollo.

Mas, el conocedor de la serie de los «cuchillones» llega al mismo resultado por otro camino más certero.

Se trata, únicamente, de sobreponer el cuerpo y el mango del arma del Limay a uno de los objetos que componen dicha serie, de manera que su contorno coincida con la parte existente de aquélla.

La figura 5 representa el resultado de esta operación.

Nos ha servido de modelo un ejemplar de hueso publicado por Hamilton. No crea el lector que hemos tenido que realizar una selección: conócense numerosísimos objetos del mismo tipo, y la lámina de Hamilton que representa el que reproducimos, comprende doce ejemplares análogos. Pertenecen todos a la clase nombrada *whaka-ika*, o «cuchillones», esculpidos en hueso de *Physeter* (ver el cuadro de la página 304).

Es necesario tener bien presente, desde ya, que en la serie de los *mere* en forma de rozón, el arma del Limay se coloca, por su contorno, junto con los de la segunda clase, y más refinada, la de los *whaka-ika*.

Hemos observado ya que el material empleado en esta clase, inmensamente más fácil de trabajar que la piedra, ha sugerido al artífice el deseo de lo superfluo: he aquí que el botón, el dorso, y la misma superficie del cuerpo, se han enriquecido de esculturas y arabescos.

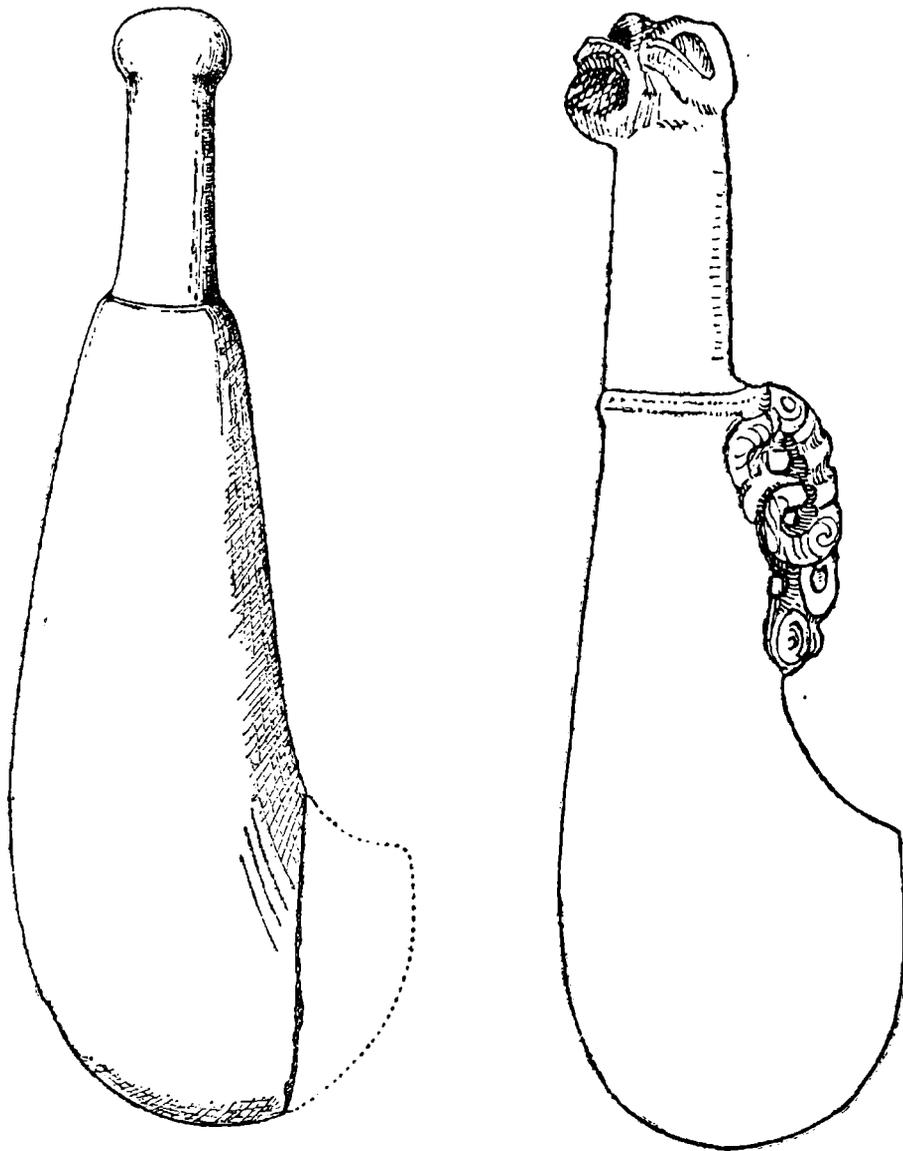


Fig. 5. — El hacha del río Limay reconstruída, al lado de un *whaka-ika* de Nueva Zelandia

Un típico *whaka-ika* lleva también un *sinus* o entalle excavado en la mitad del filo. En éste, como en muchos ejemplares más, la entalladura ha sido omitida. La omisión no puede extrañarnos. Tanto las esculturas y estilizaciones del *reke*, o cabeza, como del cuerpo, y el mismo *sinus*, son elementos cuya función es puramente el deleite, y pueden encontrarse todos juntos en una

sola pieza, y también aislados y disociados. Su desarrollo es, además, harto variable, y mientras conocemos, por ejemplo, unas piezas completamente cubiertas de esculturas, hay otras desprovistas en la mayor parte de su superficie, o simplemente lisas; en cuanto al botón, hay *wheku* de relieve ricamente trabajados, y otros simples y desnudos. Ello nos advierte que se trata de caracteres secundarios; en cambio lo substancial de esta invención fabril y artística reside en aquellas peculiares relaciones entre el mango y el cuerpo, y los dos bordes laterales del mismo, cuyo resultado sintético es el aspecto de «cuchillón». La desimetría de estos bordes o, más claramente, la realización de lo que Lane-Fox llama *one side form*, es la condición constante de toda la serie.

El objeto de Nueva Zelandia tiene con la clava del río Limay otra analogía importante en la región del cuello: la muy acentuada separación lineal entre mango y cuerpo.

En cuanto a la cabeza del objeto argentino, Ambrosetti sugirió que las estrías allí esculpidas fuesen tentativas de una ornamentación de líneas radiales. He observado las estrías, que existen en número de cuatro; pero su disposición, algo asimétrica, no es apta para formarse una idea de la clase de ornamentación con que el artífice quería dar realce al botón.

V

Historia de la invención

Hasta aquí llega, sin dificultades, el método puramente morfológico, con el fin de identificar y clasificar el arma, reintegrando también su forma primitiva.

Pero es natural que el hallazgo del objeto en tierras de América despierte en el estudioso curiosidades más hondas. El americanista, en el fondo, quiere saber si se trata de un estado intermedio, situado entre el *okewa* y la especialización del *whaka-ika*, o de un verdadero *whaka-ika* construido en piedra.

La contestación a esta inquietante pregunta, puede modificar profundamente las relaciones de la cultura costanera de Sur

América con los focos de difusión de uno de sus elementos : 1° en cuanto a la cronología relativa; 2° en cuanto a la intensidad de su dependencia.

El método tipológico puede, acaso, iluminar las bases del problema.

Si formamos una *progresión tipológica*, en atención a los caracteres : contorno, materia, adornos; tendremos, en forma abreviada, la siguiente situación para el arma del río Limay (véase el cuadro de la figura 6).

Como consecuencia de la ubicación del hacha, deberíamos deducir que fué fabricada en un período de la historia de este *phylum*, que corresponde al auge de la fabricación en piedra dura, y antecede inmediatamente al cundir de las armas de hueso y madera.

No es ésta, sin embargo, nuestra opinión definitiva.

En efecto, la progresión que hemos esquematizado no resiste a una crítica amplia; como no resisten los esquemas sugeridos por un « evolucionismo lineal » demasiado estricto y lógico. De este carácter adolecen, por ejemplo, las ingeniosas series de transformación ideadas por el ilustre Lane-Fox Pitt-Rivers (1).

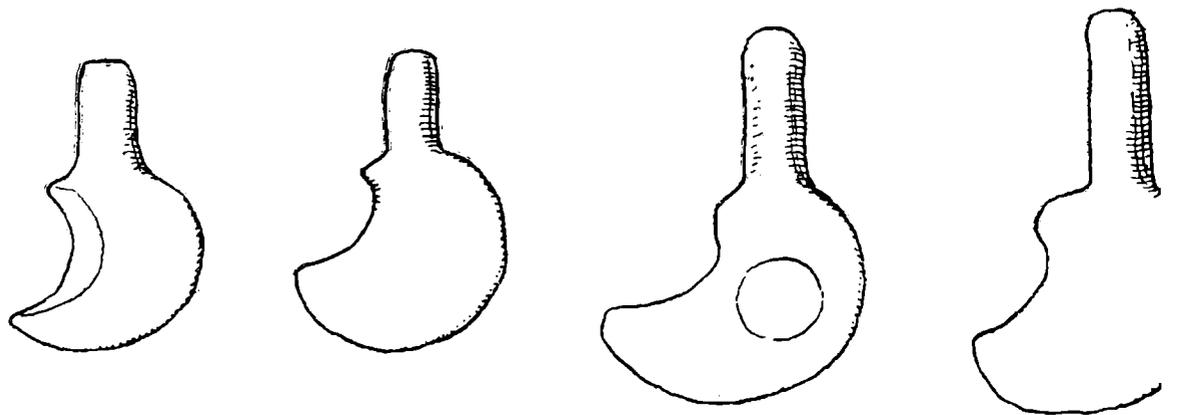
El estudio tipológico es mucho más complicado que la yuxtaposición automática de una *sequence*. Sin duda, el cuadro que antecede, tiene su razón lógica y su utilidad para el estudio, pero no cometeremos el error de confundirlo con la « historia » del *phylum*.

Observaremos, en primer término, que el hacha de Nueva Zelandia esculpida en piedra dura, con su tosco botón y la acentuada curvatura distal, se diferencia con una cierta amplitud de los *whaka-ika*, comprendiendo en ellos el hacha argentina. Viceversa, ésta supone ya alcanzada la forma definitiva y la elegancia del contorno y del perfil que acompaña, sin otras modificaciones, la clase integral de los *whaka-ika*.

Hay, pues, un *hiatus* entre el *okewa* de piedra neozelandés y los *whaka-ika*, para llenar el cual resulta impropio invocar el arma del Limay, y cuya explicación es la influencia de las formas

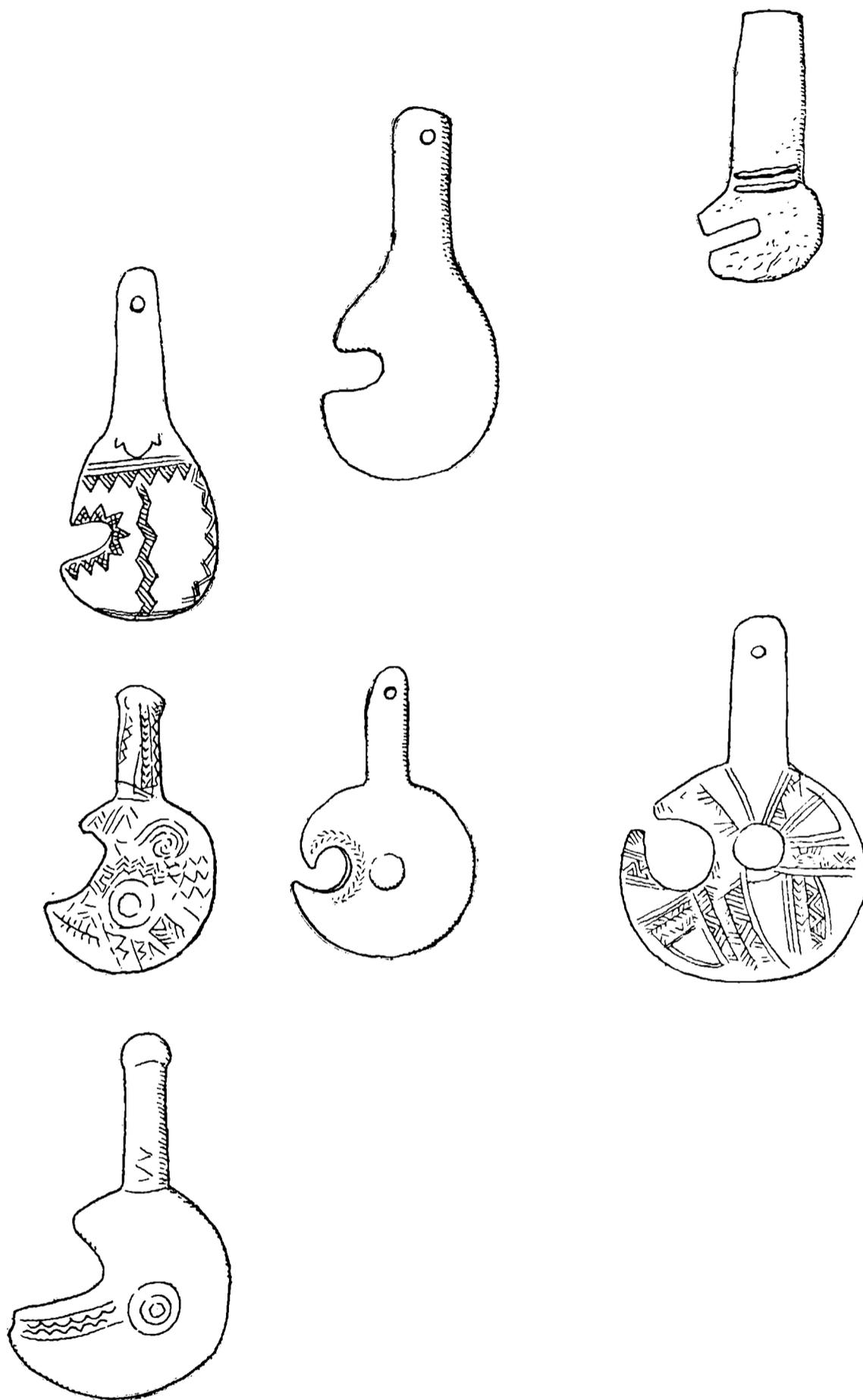
(1) LANE-FOX PITT-RIVERS, *The Evolution of Culture and other Essays*, Oxford, 1906.

J. IMBELLONI, *Un arma de Oceanía en el Neuquén*



Posición tipológica de las clavav-insignias sudamericanas

LÁMINA III



Variedades del tipo « rozón » (Chile, Argentina, Ecuador)

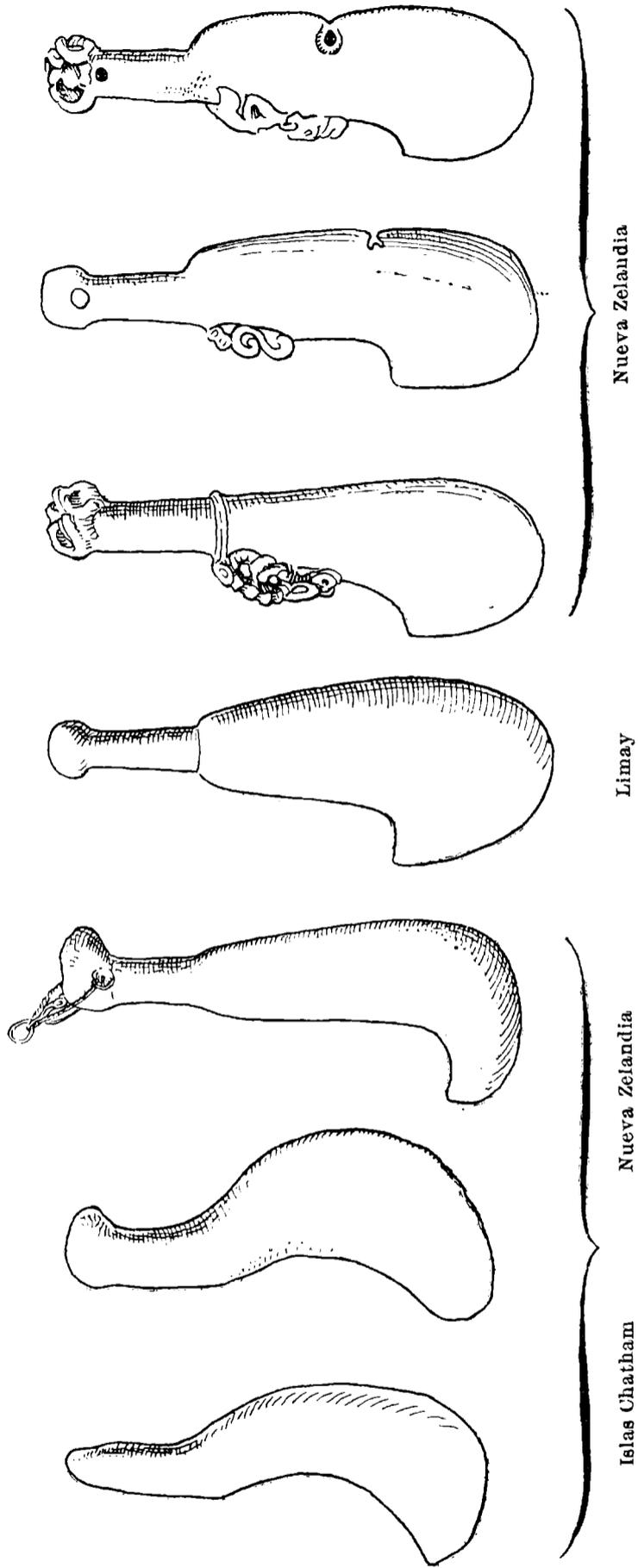


Fig. 6. — Sucesión de formas (*sequence*) del grupo II (hachas en forma de rozón). Las cuatro primeras piezas son de piedra las tres restantes de hueso

espatulares de otro *phylum*. No sin intención he insertado en el cuadro de la página 304 la indicación geográfica de los hallazgos de cada variante. Los rozones cortos y macizos de las islas Chatham y del sur de la Isla Sur, sufren un proceso ortogénico progresivo al remontarse hacia el norte, por influencia de las espátulas (serie I) de piedra (*mere pounamu, mere onewa*) y de hueso (*mere paraoa, etc.*), cuya masa domina toda la Isla Norte y las provincias septentrionales de la Isla Sur. Allí, justamente, la elección del hueso de *Physeter* había procreado ya aquellas formas refinadas y adornadas que conocemos con el nombre de *mere kotiate*, y esto explica la adopción de una forma paralela, tan fiel al modelo como lo es el *whaka-ika*. En verdad, no podría presentarse un ejemplo tan evidente de correspondencias « por simpatía » : el *whaka-ika* es una mitad del *kotiate*. Forma simétrica llama Lane-Fox a esta última; forma unilateral a la primera (*one side form*), tan predominante es el fenómeno de homologación (1). Más conforme a los hechos es acaso nuestra fórmula : que el *whaka-ika* es al *phylum* de los « cuchillones » lo que el *kotiate* al de las espátulas ; y ésta incluye bien claro el vínculo de las dependencias respectivas.

Realizado el proceso de homologación, ambas ramas terminales conviven en el territorio que lo determinara : *kotiate* y *whaka-ika* son peculiares de la Isla Norte y de las provincias septentrionales de la Isla Sur.

Si interpretáramos la *sequence* con el automatismo « evolutivo » de antaño, resultarían varios absurdos « históricos ». Por ejemplo, que el invento de la forma *whaka-ika*, que según esta hipótesis se habría realizado en la Araucanía, surgiese *ex nihilo*. En efecto, el *phylum* del rozón está representado, en la costa sudamericana del Pacífico : 1° por las formas primitivas y elementales, que tienen estricta analogía con los *okewa* más groseros del grupo Chatham (fig. 7); y 2° por una progresión de formas que gradualmente se diferencian de las primitivas, hasta llegar a la creación, en el continente sudamericano, de variaciones muy peculiares y especializadas, de las que hemos integrado todos los anillos intermedios (lámina III).

(1) Véase el tomo indicado en la nota precedente, página 120.

Dada la dirección divergente de la cadena chilena respecto a la neozelandesa que procede del mismo anillo inicial (el *okewa* del grupo Chatham), y considerada la falta absoluta de términos intermedios americanos entre las dichas variaciones chilenas y el hacha del río Limay, la hipótesis que estamos sopesando encerraría un *hiatus*, inmensamente más amplio e injustificable del que quería evitarse, no ya en Nueva Zelandia, sino en América.

Por fin, la idea de que el arma de Limay fuese el prototipo de los *whaka-ika* requiere un camino tan caprichoso de esta pro-

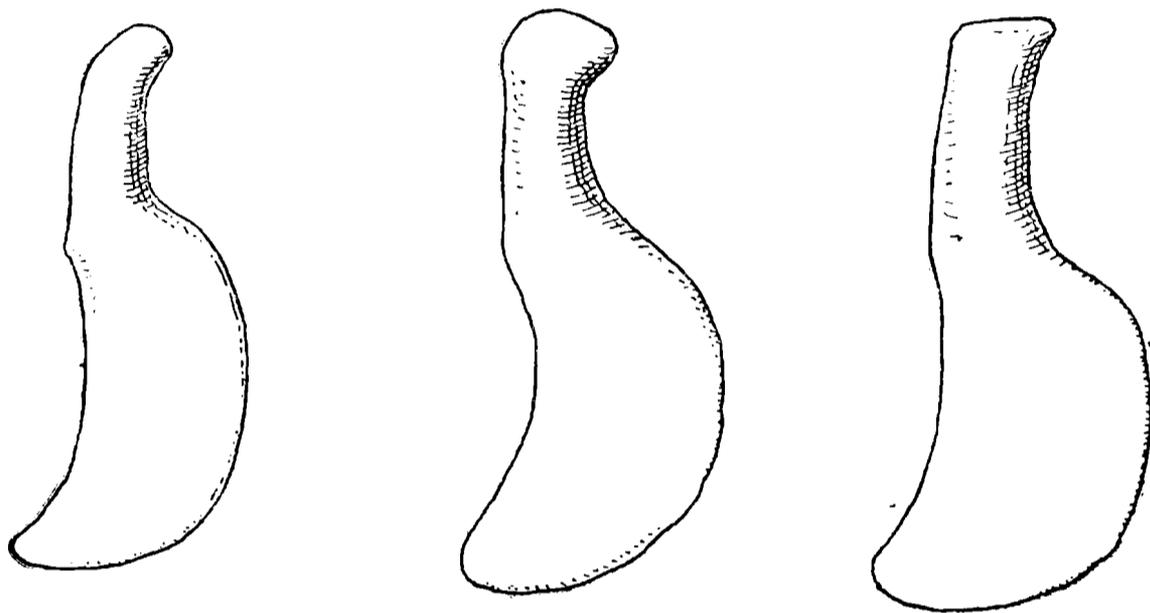


Fig. 7. — Ejemplares de la forma más ruda del *okewa* de Oceanía. Grupo Chatham (Dominion Museum de Wellington, Nueva Zelandia)

gresión inventiva, un repetido flujo y reflujo en línea quebrada, que demuestra por sí mismo el absurdo.

Como corolario del análisis, puédese afirmar que el arma argentina es un verdadero *whaka-ika* construido en piedra.

Todos los accidentes de forma, cuya ausencia distingue el objeto del río Limay de un *whaka-ika* completo son, como hemos visto, no tan sólo caracteres secundarios y dissociables, sino *tales que no pueden ejecutarse en la piedra*, y sí, exclusivamente, en ejemplares de hueso o madera.

El artífice que llevó a término en el entrotierra sudamericano esta realización de un *standard* inventivo ya fijado en Nueva Zelandia después de varios procesos de variación y selección, hubo de emplear un material local, el negro basalto patagónico,

acaso también por no tener a su alcance el hueso de cetáceo, tan abundante en la sede de invención del *whaka-ika*.

En otro sector de América, dispondrá el artista de huesos de *Physeter*, y allí veremos — ¡oh maravilla! — reaparecer las clavos-insignias de hueso, y en la cabeza de las mismas el idéntico dibujo estilizado que adorna aquellas de las islas del Pacífico.

VI

Conclusiones

Tres clases de proposiciones forman nuestro epílogo: I, las que definen la pieza del río Limay; II, las que conciernen al método de la etnología y a las series tipológicas; y III, las consideraciones críticas de la actividad de Ambrosetti.

I. El hacha de basalto que posee en su colección privada el doctor Jorge Echayde, cuyo hallazgo en el territorio del Neuquen está bien determinado, es un ejemplar americano de una creación de la cultura de los pueblos del Océano Pacífico, en particular del grupo Maori-Mori. A buen derecho la hemos incluido en nuestra lista de los *mere* de piedra encontrados en América. Morfológicamente, se ubica en la serie de los *mere* en forma de rozón (*roncola*); y, en dicha serie, ocupa un lugar intermedio entre los *mere okewa* del sur de la Isla Sur de Nueva Zelanda, y los refinados *whaka-ika* esculpidos en hueso, cuyo dominio se extiende hacia el norte. Otras consideraciones, de carácter tipológico, sugieren la fórmula siguiente: que puede considerársele un *whaka-ika* construido en piedra.

II. En cuestiones de metodología no sacaremos aquí todas las consecuencias posibles, por ser tema a tratarse de manera más amplia. Hemos observado en primer término, la ingenuidad del viejo sistema del « arqueólogo » en asuntos de esta naturaleza, en que deben considerarse: las leyes de la invención, las cadenas ergológicas, las series o progresiones de variabilidad y el concepto de forma *stricti sensus*; en total, los más sutiles y complejos problemas del conocimiento de la humanidad por medio de sus productos y de sus actividades.

III. En cuanto al profesor J. B. Ambrosetti y a sus « intuiciones », tenemos la obligación de manifestar, sin reticencias, nuestra posición crítica. No seríamos, manifiestamente, sinceros al sostener que hay ventaja en adoptar hoy en día la manera sintética e impresionista de sus comparaciones y fórmulas de semejanza. Cautela y meticulosidad son condiciones necesarias en esta clase de cotejos, y puede decirse que de su esencia misma han brotado las normas orgánicas de la nueva etnología. Y, sin embargo, esas condiciones no son suficientes. Conozco, entre los adversarios de Ambrosetti, a algunos estudiosos que han combatido agriamente la « improvisación » de las fórmulas de este autor, dando muestra de una sutileza y meticulosidad verdaderamente excepcionales, pero también de una falta de rumbo y de genialidad, de una incomprensión de los nexos que unen y enlazan la fenomenología humana, que son dignas, a su vez, de críticas aún más severas. Me aprestaré — si a Dios place — a ejercer esta revisión de valores, por un imperativo categórico que nace de la necesidad de justificar, *a posteriori*, las direcciones intuitivas que tomaron algunos autores de la generación que ha precedido a la de nuestros inmediatos antecesores.

Sin alejarme del tema, puedo afirmar aquí que: después de trabajar por tres años en adquirir un conocimiento lo más amplio y profundo que me fuera posible de las clavas-insignias del Océano Pacífico, aprovechando los datos y la iconografía de los especialistas del Mar del Sur, desde el antiguo Ellis hasta el moderno Elsdon Best; de visitar las vitrinas neozelandesas de los museos de Europa; de manejar, fotografiar y dibujar en serie y en detalle los ejemplares maravillosos de la colección de Enrico Giglioli en el R^o Museo Preistorico ed Etnografico. de Roma; de estar en relación con los especialistas de Nueva Zelandia, como J. Macmillan Brown de Christchurch, que acaba de terminar su tercer crucero por los archipiélagos polinesios, y de obtener medidas y fotografías de objetos de sir Maui Pomaré, catedrático del Board of Maori Research and Studies, completadas por otro material iconográfico confeccionado según mis indicaciones por cura del director del Dominion Museum, de Wellington (N. Z.), después de todo esto, he llegado al mismo

punto que Ambrosetti: que estas armas-insignias americanas forman parte de la cultura polinésica.

También es de celebrar en este autor, el impulso natural que lo llevara a instituir la comparación con objetos de regiones aparentemente extrañas, en virtud de la sola fuerza del criterio morfológico. ¡Piénsese en la arrogancia con que varios cultores de la prehistoria del país condenan, en nuestros días, todo método de comparación extracontinental!

Bien pueden alegrarse los Manes de J. B. Ambrosetti.

A su memoria dedico respetuosamente esta nota.

J. IMBELLONI.

[M. S. diciembre de 1928.]